

«Antes de los doce años—dijo el hermano de Contardo—, aunque iba gustoso a la iglesia y rezaba sus oraciones, no daba muestras especiales de piedad. Recuerdo que después de la Primera Comunión manifestó, por el contrario, signos de piedad vivísima, con un recogimiento mucho más intenso del que era propio de su edad». Fué la verdadera *conversión* de Contardo. Desde entonces toda su vida está animada por un impulso sobrenatural; toda ella está embebida y transfundida del espíritu de caridad.

Ferrini ya hombre acudía asiduamente al templo. De ordinario muy temprano, para no entorpecer el cumplimiento de sus obligaciones universitarias, hacía su meditación en lugar recogido de la iglesia, oía la Santa Misa, recibía la Sagrada Comunión y, con frecuencia, confesaba. Durante el día—a veces entre clase y clase—volvía a visitar al Santísimo; rezaba el Rosario y hacía lectura espiritual. Los domingos intensificaba las prácticas religiosas, especialmente para oír la palabra de Dios.

Sobre todo era hombre de oración. En sus visitas al Santísimo de tal manera se entregaba a la contemplación divina, que permanecía enteramente ajeno a cuanto sucediera en torno suyo, y alguna vez fué preciso llamarle para que saliese de su éxtasis.

Era su gran arma de perfección espiritual. Una oración fervorosa, contemplativa y llena de consecuencias prácticas. Las meditaciones que figuran entre sus escritos son cortas—no solía meditar más de media hora—, pero en muy pocas de ellas falta la aplicación práctica y la jaculatoria. Así su oración no acaba en el templo ni su vida está desligada del servicio de Dios. La vida de Ferrini resulta entonces una oración continuada y, sea que explique en la cátedra o que suba a las crestas alpinas, Ferrini ora sin rezar y alaba a Dios con sólo vivir su vida sencilla y recoleta de universitario; pero al mismo tiempo ésta es una vida fecunda, porque está nutrida por el espíritu de Dios.

El hombre es para Ferrini—que toma la idea de Juan Bautista Vico—un *ser finito que tiende al infinito*. «El infinito es Dios..., y por esto—añade—nuestra vida, como toda otra, ha de proyectarse hacia el infinito y recibir de él mérito y dignidad».

Todo el programa de la vida cristiana—nos dirá—se compendia en la palabra *amor*. «Intentaré—escribía al mejor de sus amigos, Víctorio Mapelli—trazar aquel ideal al que somos llamados... y verás como todo se reduce a aquella palabra».

Y de la consideración de esta realidad—esencia del Cristianismo—brota como una consecuencia natural y sencilla toda la vida

